



Educación rural y creación de mundos posibles: La palabra como semilla de futuro

Autor: Luciano Evaristo Barroso

Filiación: Instituto de Formación Docente Continua – San Luis

Contacto:

florenciacautela@gmail.com

Cómo citar este artículo:

Barroso, L.E. (2026). Educación rural y creación de mundos posibles: La palabra como semilla de futuro. *KIMÜN. Revista interdisciplinaria de formación docente*; XI (14) marzo 2026

ISSN: 2469-066X

<https://ojs.ifdcsl.edu.ar/index.php/kimun>

Copyright:

©2026. Los autores

Este trabajo se encuentra bajo licencia Creative Commons



Descripción del contexto y vivencias de la experiencia

En tiempos marcados por la velocidad de las imágenes, la fragmentación de sentidos y la tecnificación de los vínculos, la educación rural emerge como un espacio fértil donde podemos sembrar otras formas de ser y de estar en el mundo. Este texto propone reflexionar sobre la importancia actual de la educación en contextos rurales, no desde una carencia sino desde su potencia transformadora incorporando el uso de nuevas tecnologías, revalorizando la expresión oral y escrita y reconociendo el poder creador de las imágenes mentales, reivindicando la noble tarea de todos aquellos trabajadores de la educación en zonas que plantean múltiples desafíos pero que a la misma vez permiten conocer en primera persona y profundidad nuestro territorio.

Expectativas e intencionalidades

La intencionalidad de este texto es condensar en pocas líneas los años de experiencia como docente en el contexto rural, rescatando parte de mi historia como estudiante de escuelas de campo; además, resaltar cómo la introducción de la tecnología como herramienta pedagógica ha puesto en valor las biografías y los bagajes de muchos niños de nuestro interior provincial. Por otro lado, mi expectativa es que este testimonio sirva como una invitación a aprender a esperar, a escuchar, a leer el contexto con todos los sentidos. Que quienes lleguen a una escuela rural puedan comprender que el tiempo y la paciencia son aliados para que la experiencia se vuelva enriquecedora, y no una carga dolorosa o angustiante. La docencia rural moldea, transforma y enseña tanto como nosotros enseñamos; pero para que así sea, hay que permitir que el lugar y sus tiempos nos formen también a nosotros.



La educación rural como territorio de posibilidades; del aula al horizonte

Lejos de interpretarse como un vacío por llenar, el contexto rural ofrece una densidad simbólica, una memoria viva y una cercanía con los ritmos de la naturaleza que invitan a repensar los modos de enseñar y aprender. Pero ¿En qué componentes residen esas simbologías? ¿en la lengua?, ¿en los gestos?, ¿en los silencios?, ¿en la forma de nombrar al mundo?, ¿es posible analizarlas y resignificarlas dentro del espacio escolar? Tal vez sí, si se parte de una mirada sensible que no las vea como estorbo o como un lastre, sino como campo fértil de sentidos compartidos y de tantos otros, por compartir.

A veces, las cargas simbólicas que acompañan al estudiante rural, el mandato familiar, la percepción externa de “atraso”, la mirada tantas veces desigual desde lo urbano, pueden sentirse como un lastre. Otras veces esas mismas marcas son las que permiten anclar la identidad, resistir al desarraigo, y construir proyectos de vida desde lo propio. Por eso, no se trata de elegir entre una cosa u otra, sino de aprender a tramitar esos factores en la escuela y entonces reconocer aquello que queremos conservar, decidir qué podemos transformar, y qué debemos cuestionar para hacer del aula un espacio de verdadera emancipación.

Las nuevas tecnologías integradas desde una mirada crítica y situada pueden enriquecer este paisaje simbólico, conectando saberes ancestrales con herramientas contemporáneas, sin reemplazar la riqueza del entorno sino ampliando sus posibilidades. Emanciparse es madurar, es crecer, pensar y analizar; analizar para decidir qué queremos ser y con quiénes, desde una elección profundamente nuestra, íntima y consciente del desafío de querer ser, de cara a un mañana que no está desprovisto de obstáculos, pero que también contiene las claves del futuro, un futuro en el que estaremos presentes con nuestro pincel rural que conoce de atardeceres en soledad, pero con todos. Todas esas voces que laten cada mañana por los senderos, ojos llenos de curiosidad y en las voces un mensaje con aroma a tierra húmeda, a florecido chañar.

El ritmo de la naturaleza y la palabra como refugio

En el ámbito rural, los ritmos de la naturaleza no sólo ordenan el calendario agrícola o marcan las estaciones del año; también modelan los estados mentales y emocionales de quienes habitan la escuela. El invierno, por ejemplo, se vuelve una experiencia total... El frío cala no solo en el cuerpo, sino también en el ánimo, en la forma de estar, de hablar, de escribir. La ausencia de colores vivos, la grisura persistente, la falta de una calefacción suficiente o adecuada, o de espacios acogedores, transforman el aula en un lugar donde aprender puede volverse una tarea dura, incluso dolorosa... como la del niño que, con las manos ateridas, no puede manipular el lápiz sobre la hoja; hay que haberlo vivido, aunque fugazmente, para comprender lo que se siente.



En muchos pueblos, todavía se escucha la frase “hay que sobrevivir al invierno”, como si fuera una batalla contra un enemigo implacable y silencioso, que jamás perdona y se ensaña con los menos favorecidos. En ese contexto, los estudiantes no sólo comunican el aprendizaje de contenidos, comunican su necesidad de abrigo, de luz, de belleza, de calor humano. Lo hacen con la palabra, sí, pero también con los silencios, con la mirada ausente, con la escritura apagada. La escuela entonces no puede ser indiferente a ese paisaje emocional; debe ser capaz de leer esos discursos impostergables, que no siempre están en voz alta.

Una pedagogía situada debe reconocer que las condiciones materiales no son ajenas al deseo de aprender, y que es allí donde la precariedad es una amenaza diaria que desbarata las ilusiones, donde más se necesita de la construcción de una palabra cálida, de un texto que devuelva la esperanza, de un gesto que reinvente la primavera aún en pleno julio, que deshiele el brillo campestre de las miradas. Reinventar y refundar la primavera, sea quizás el anhelo inconsciente de quienes apuntalan sus sueños de superación en la tibieza de esos días, donde el clima hiere menos, cuando los colores regresan y con ellos la esperanza, en la que habitan la renovación y las ganas de darlo toda una vez más, como cada año. Ese verdor de los campos enciende la chispa en las miradas y le dice al corazón que es hora de ponerse de pie y con un silbido entre los labios cual las perdices que anuncian la lluvia, emprender con entusiasmo las labores de cada día.

La calidez de una palabra, el porqué de muchas sonrisas

¿Qué motiva a una maestra, a un profesor, a elegir o aceptar enseñar en un paraje alejado? Donde el tiempo se empeña en demorarse, donde hasta lo propio parece ajeno, donde el atronador silencio de la noche a veces se hace compañía obligada ¿Qué impulsa a ese docente que, con el frío en los huesos y distancia en el corazón, llega cada mañana a un aula que espera al final de lánguidos caminos?

Tal vez la respuesta no sea única, pero sí es clara una cosa; ese docente es el firme mensajero que lleva en su voz una palabra cálida. Una palabra que abriga tanto al otro como a sí mismo. Porque muchas veces el gesto de alentar, de mirar con ternura, de celebrar un avance mínimo, es también una forma de mantenerse en pie, de hallar razones cuando parece que ya no las hay... En ese intercambio afectivo, el docente rural empuña el estandarte del ser humano comprometido con lo esencial de la presencia, la escucha, la posibilidad de sembrar futuro en tierra viva.

La docencia rural es también un profundo acto de amor. Es dar sin olvidar lo que se necesita. Es, incluso en la angustia o en la melancolía, ofrecer una palabra esperanzadora cuando el silencio y la lejanía pesan demasiado.

En el campo, el silencio no es ausencia; es una presencia sutil, es el canto mínimo de la vida natural, una sinfonía de sonidos imperceptibles que solo quien ha aprendido a habitar



la tierra logra escuchar; el roce del viento en las hojas secas, el silbido de un ave lejana, el crujir de una rama bajo la pisada de un animal que se hace casi invisible en la bruma del atardecer.

Para quien llega desde afuera, ese silencio puede parecer vacío. Pero el niño que nació en ese entorno, lo nombra con precisión; a cada sonido le asigna una forma, una historia, una criatura. Conoce el lenguaje del monte, sabe cuándo lloverá porque huele distinto el aire, distingue el canto de cada pajarito, adivina el viento por el color del cielo. Y en ese saber transmitido sin manual, el maestro aprende del estudiante, aprende a leer el paisaje, a oler el clima, a saborear el viento, a nombrar el silencio.

Allí se produce una fusión de horizontes, una pedagogía del encuentro. No es el docente quien trae todo el saber, sino quien se dispone a abrirse a la escucha, a dejar que el territorio le hable a través de quienes lo habitan. Educar en la ruralidad es, entonces, también un ejercicio de humildad al dejar que el entorno sea voz, que la naturaleza sea texto, que el murmullo de la vida natural enseñe lo que ningún libro puede decir y que esos niños que cruzan la puerta del aula, ya lo saben.

Un territorio, entre lo hostil y lo sagrado

El territorio rural no siempre recibe con brazos abiertos; A veces, se presenta como un espacio hostil y adusto; caminos largos, servicios escasos, geografías de infinita soledad que imponen irremediabilmente los límites.

Sin embargo, allí habita un mundo cargado de luz, de aromas, de sabiduría silvestre. El maestro que llega con la intención de sembrar ideas y razonamientos nuevos, muchas veces se encuentra con una claridad ya encendida en los ojos de sus estudiantes; niños que han crecido entre el lenguaje de los animales, el canto del monte, el aroma de los campos florecidos, o las implacables escarchas invernales.

Entre rubias algarrobas y rojinegros piquillines, esos niños esperan... Esperan ávidos, a veces temerosos, con ganas de contar su mundo, de ser escuchados, de ser reconocidos. Y allí, en esa espera, el territorio se vuelve sagrado. Es el lugar y el tiempo del encuentro entre dos saberes que se descubren mutuamente, que se sorprenden, que se complementan.

Hay un territorio que vale la pena conquistar, y no es el de la imposición del saber, sino el de la equidad y la justicia, el de la igualdad de posibilidades...Donde soñar no sea un privilegio de pocos, ni enmohecidas utopías, sino una realidad posible, desde ahora y para siempre.



El reconocimiento como acto fundante

Enseñar, sobre todo en la ruralidad, es mucho más que transmitir contenidos. Es entrar en un contrato afectivo y simbólico donde ambas partes se reconocen. El maestro que llega debe hacerlo con los ojos y el alma abiertos, dispuesto a valorar los saberes que trae el niño campesino, ese bagaje impoluto hecho de aromas, ritmos, gestos, silencios y sonidos de la tierra, de nuestra tierra.

Cuando el docente reconoce esa riqueza y la pone en valor, se construye un nuevo universo de sentidos, una cartografía posible donde lo ancestral y lo contemporáneo se dan la mano. Y ese acto de reconocimiento, tan simple y profundo, enciende en los niños una chispa eterna, que da vida a la fragante llama de la certeza de que lo que traen vale, de que lo que son merece ser escuchado.

Desde allí, el maestro se convierte en algo más que un guía; se vuelve el extremo férreo de un puente que une lo que ya conocen con aquello por descubrir. Un puente que no reemplaza el paisaje, sino que lo expande. Un puente hecho de palabras cálidas, de miradas sinceras, de presencia cotidiana. Un puente que habilita el viaje hacia lo nuevo sin perder la raíz.

Fundar desde el reconocimiento, una pedagogía del porvenir

El acto de enseñar en la ruralidad no sólo construye conocimiento, sino que funda cimientos históricos. Cimientos donde se yerguen múltiples verdades, formas diversas de estar y de mirar el mundo, que dialogan sin anularse. En esa tierra fértil de sentidos, se sostienen los sueños compartidos, los gestos simples, la palabra que nombra lo que antes parecía invisible.

Allí, el reconocimiento mutuo se vuelve un soplo de libertad. Libertad no como evasión, sino como posibilidad real de proyectarse, de imaginarse, de realizarse. Porque cuando un maestro escucha con ternura, cuando un niño mira con confianza, cuando dos almas se reconocen en honestidad, algo se ilumina, una certeza que no necesita pruebas, que desborda en los ojos, que se siente en el pecho. Ese reconocimiento funda el futuro. Aun cuando el porvenir se presente esquivo o incierto, hay promesa en el gesto de quien sostiene una verdad propia, firme y serena, que no pide permiso para existir. La escuela, entonces, no es solo el lugar donde se enseña; es el lugar donde se funda, donde se siembra la esperanza, donde se traza el puente, donde lo que somos hoy se proyecta en un tiempo sin relojes ni fronteras; un tiempo que al final de nuestros días, podremos decir satisfechos, que valió la pena vivirlo.

Arraigo, desarraigo y la siembra de la identidad

El maestro rural lleva consigo una doble mochila; una con libros y cuadernos, y otra casi invisible, cargada de sueños, de principios, de lucha silenciosa. Muchos llegan desde



lejos dejando atrás sus afectos, su lugar de pertenencia. Ese desarraigo no es fuga, es un acto de entrega. Porque allí, en el lugar recóndito donde a veces parece que el mundo se detiene, el maestro lleva la cálida luz de la esperanza, la fragante y sonora palabra que siembra, la paciente escucha que abraza. Y en ese gesto, se arraiga de nuevo, no como quien sustituye una raíz por otra, sino como quien extiende su raíz al abrazo marrón y mineral de la patria.

Aferrarse a los sueños no es desarraigarse; es abrirse como semilla, dejar que la tierra nos reciba, que el calor de la lucha y la ternura nos haga brotar. En ese suelo compartido, estudiante y maestro hunden juntos sus raíces, como un añoso caldén que resiste los vientos estivales y guarda la memoria de los implacables inviernos.

Allí se funda la identidad, una identidad que no es uniforme, sino compartida, regada cada día con bondad, con solidaridad, con firmeza. Una identidad que no teme a lo nuevo, pero tampoco olvida de dónde viene. Una identidad sembrada con amor, para que cada día florezca la dignidad.

La tecnología como ventana y puente temporal

El arribo de las nuevas tecnologías al ámbito rural no debe ser leído como una irrupción que desplaza lo anterior, sino como la apertura de una ventana hacia otras realidades, una posibilidad inédita de conexión y de resignificación. En lugar de oponer tradición y tecnología, podemos pensar en su entrelazamiento, las tecnologías como instrumentos para narrar lo ancestral con nuevos lenguajes, como herramientas que permiten que los saberes locales se proyecten más allá de los límites geográficos, sin diluirse, sino fortaleciéndose en el contacto con otras idiosincrasias, otras verdades, otros universos de sentido.

En muchos casos, fue a través de un celular, una radio comunitaria, o una plataforma virtual que niños de zonas rurales pudieron encontrarse con otros relatos, otras formas de decir y de verse a sí mismos. Pero esto solo es posible cuando la tecnología se inserta desde una pedagogía sensible, que no impone, sino que escucha, que no reemplaza, sino que teje puentes entre el pasado, el presente y el porvenir.

La tecnología, entonces, no es un fin en sí misma, sino una posibilidad de ampliar la mirada, de construir imágenes mentales que contengan no solo lo que se ve, sino también lo que se intuye, lo que se sueña y lo que se recuerda.

En este sentido, su potencial transformador no está solo en su novedad, sino en su capacidad de convocar memorias, de actualizar sentidos antiguos en un nuevo e integrador lenguaje, cuyos tonos sean los del profundo amor por la educación de los niños y jóvenes. Recuerdo aquellos tiempos de estudiante en la escuela rural, cuando el acceso a la tecnología era inexistente y debíamos turnarnos para ir a la biblioteca del pueblo en busca de algún libro que nos ofreciera la información que necesitábamos. Hoy, en cambio, los



estudiantes rurales llevan en sus manos la llave que abre de par en par las puertas hacia el futuro; esta transformación no solo democratiza el conocimiento, sino que permite pensar la ruralidad en un pie de igualdad con las grandes urbes. Solo que aquí, al asomarnos por la ventana, los paisajes no son edificios ni autopistas, sino escenas vivas que nos recuerdan a las ilustraciones bucólicas de los antiguos libros escolares.

En este cruce de tiempos, entre lo ancestral y lo digital, entre la memoria y el porvenir, se despliega una educación que puede ser profundamente transformadora, si se arraiga en la sensibilidad del territorio; tenemos la alta responsabilidad de andamiar este tiempo de transición, sosteniendo en nuestras manos el tesoro máspreciado, los hombres y mujeres del mañana.

Regreso al origen, el latido de la raíz

He sido alguna vez un niño de caminos polvorientos. Aprendí mis primeras letras bajo el cielo inmenso del campo y aún guardo en la memoria aquellos días cuando acompañado por mis perros fieles y la risa de mi hermano, cruzábamos senderos donde la tierra se alzaba como un perfume tibio bajo nuestros pasos presurosos con rumbo hacia nuestra escuelita rural.

Más tarde, fue la guitarra la que me enseñó a decir de otro modo lo que el alma ya sabía, aquello de que en las cosas simples de la cotidianidad late un mundo entero. El folklore, ese idioma del viento, de los montes y del hombre sencillo, se convirtió en mi refugio, mi modo de entender la vida.

Quizás por eso, hoy no concibo la enseñanza como un acto encerrado entre paredes... Cuando el sol se muestra generoso y los árboles del patio tienden su sombra amiga, abandonamos por un rato el aula y nos sentamos en rueda, compartimos mate y lectura, dejando que la palabra circule en una ronda viva, como un eco de antiguas guitarras. Allí, entre la frescura de los árboles, el marco de las vastas llanuras y el canto de los pájaros, la literatura y principalmente la gauchesca tan cercana, tan nuestra, vuelve a brotar. Y en cada verso compartido, en cada mirada encendida, siento que sembramos algo más que conocimiento, sembramos pertenencia, dignidad, amor por esta tierra.

Creo profundamente que, desde la honestidad intelectual, desde la entrega sincera a nuestros orígenes y nuestros sueños, podemos construir un futuro promisorio. Un futuro donde el niño, su entorno y su patria renacen como un árbol fuerte y generoso que nunca olvida la semilla de donde vino.

El niño y el gaucho, el regreso de aquel que nunca se fue

En el sur de San Luis, donde los caldenes se alzan como centinelas del tiempo, aprendí que la educación rural no solo enseña a leer y escribir, sino también a resistir con



dignidad. Allí, entre medanales jarillales y algarrobos, conocí niños de mirada seria y corazón templado, forjados por los soles ardientes y los fríos punzantes. Niños que, como los personajes de Hernández o Sarmiento, crecieron con la nobleza del gaucho; reservados, trabajadores, casi temerosos de la felicidad tal vez por entenderla como una utopía más, inasible y frágil como las blancas mariposas que en primavera parecen flotar sobre las vastas llanuras al leve soplo de la brisa... Con el tiempo muchos de ellos partieron hacia la ciudad llevando consigo la firmeza aprendida en su tierra natal; allí continuaron sus estudios enfrentando nuevos desafíos con la misma determinación que ni los recios embates de la naturaleza han podido doblegar.

Y un día regresaron... Convertidos en profesionales, volvieron a sus pueblos, convencidos de que en el esfuerzo habita el sabor inconfundible de la superación. Su retorno no fue solo un acto de amor por su tierra, sino también una reafirmación de que la educación rural puede sembrar las semillas de un futuro próspero y terrenal que no conoce de olvidos.

Como los caldenes que estoicos resisten el paso del tiempo, estos hombres y mujeres son el vívido testimonio de que, desde la honestidad, el respeto, la solidaridad y el compromiso con nuestras raíces, es posible construir una patria más justa y esperanzadora.

Desafíos de la educación rural: la fe y la espera, sujeto y predicado de la oración diaria

Como aquel que un día dejó una semilla en el regazo tibio de la tierra, soñando con el milagro oculto bajo el polvo, nosotros aguardamos. Aguardamos con la paciencia del sembrador, con el corazón abierto al misterio de la vida que late silenciosa antes de alzarse. Así es también el niño de nuestros campos, llega a nuestras aulas con su puñado de sueños frescos, confiando en que sabremos recibirlos, abrigarlos y acompañarlos. Pone en nuestras manos su esperanza, y juntos, maestros y estudiantes, tierra y semilla, vamos haciendo germinar su futuro.

Y un día, casi sin darnos cuenta, despertamos y vemos que la vida ha brotado. Una vida que no se agota con la bruma invernal, sino que se renueva cada mañana construyendo más vida, más caminos, más mundos posibles. Allí entendemos entonces, que educar es sembrar y es esperar, pero sobre todo es creer que todo esfuerzo florece cuando se hace desde la constancia y el amor.

Así un día llevamos con mi compañero de ruta un puñado de sueños nuevos; un taller de folklore para una de las escuelas, un espacio para acompañar a chicos con dificultades de aprendizaje en otra, y un proyecto de apicultura en una tercera. Cada una de estas iniciativas nacieron desde la certeza de que la educación rural no es sólo un acto de enseñar, sino una actitud profunda de escucha, de acompañamiento, de búsqueda constante de acuerdos, de entrega generosa hasta la última gota de energía. Porque sólo quien entiende



lo que significa el sacrificio de alejarse tanto de casa, sólo quien sabe que el esfuerzo humilde un día florece, puede caminar estos senderos sabiendo que todo vale la pena. Con tristeza y honda preocupación notamos que muchos de nuestros estudiantes esconden sus verdaderos sentimientos de apego a las tradiciones como el canto y la danza. Las modas y la potente incidencia de lo foráneo, socaba el prestigio de lo tradicional y nuestros niños y jóvenes van viendo cercenado su gusto particular y dentro del alma el sonido de nuestras expresiones folclóricas nota a nota se va apagando; por eso llegamos con la idea firme de reavivar el fogón donde crepitan nuestros sentires regionales.

Desde otro ángulo, el desafío de trabajar un proyecto de apicultura en la escuela surge como una idea para restaurar el vínculo entre nuestros niños y sus familias, con el campo, con el cuidado del medioambiente; que vuelvan a brillar sus ojos ante la maravilla de lo natural, que vuelvan a mostrar al mundo cómo es que se puede vivir en plena cohesión y empatía con la naturaleza.

Pero además creemos que es sumamente necesario aprovechar las condiciones del contexto para iniciar a nuestros estudiantes en algún oficio que le permita comenzar a desarrollarse y proyectarse a futuro desde su lugar; que comiencen a intuir que no todo reside las ciudades, que lo que los rodea tiene un valor incalculable, que deben en consecuencia cuidarlo, revalorizarlo y procurar que todos adquiramos una consciencia acerca de lo que tenemos y debemos cuidar; finalmente que adquieran sobre la institución de sus pueblos y parajes, un sentido de pertenencia. Que asuman su escuela como el lugar donde adquirir un bagaje de saberes, los que llegado el momento podrán empuñar para abrirse senderos hacia aquello que sueñan; la escuela como una suerte de espejo en el cual mirarse, reconocerse y estar plenamente orgullosos de lo que son y de dónde vienen, que tienen algo que ofrecer y en su propia particularidad, algo que decirle al mundo.

El docente rural, cuando conoce los sabores de su tierra, los dulces y los amargos, cuando respeta el tiempo y el contexto, logra ver madurar frutos verdaderos. Como el piquillín que se esconde entre agudas espinas para quien no sabe esperar, pero que ofrece su dulzura sin resistencia a aquel que comprende los silencios del campo, así también la educación rural revela sus frutos a quienes tienen la paciencia y el amor suficientes para esperarlos.

Y entonces, en esos momentos que por la misma cotidianeidad parecen pequeños, pero son inmensos e irrepetibles, podemos sentarnos al borde del día que se apaga, saborear uno a uno esos frutos conquistados y entender que todo el esfuerzo, el cansancio y la fe, ha tenido sentido. Así en la rojiza inmensidad de la tarde que se aleja entre aromas y misteriosos sonidos del campo, queda la enseñanza más profunda para el maestro rural; educar en este contexto es sembrar con amor, aguardar y soñar con esperanza, para luego cosechar en la ternura callada de un corazón que no ha dejado nunca de creer.



Revista Interdisciplinaria de Formación docente

Año XI N°14 marzo 2026

ISSN: 2469-066X <https://ojs.ifdcsl.edu.ar/index.php/kimun>